

LA SERRERÍA DE LOS BELGAS

EL OFICIO DE CARPINTERÍA EN MADRID, APUNTES HISTÓRICOS

Los antiguos talleres de la Serrería en Madrid son, desde enero de 2013 la sede del Medialab, proyecto de divulgación de la cultura digital para Madrid y es obra de los arquitectos María Langarita y Víctor Navarro. El edificio esconde una interesante historia en lo forestal, lo maderero y en carpintería que se desvela en este artículo.

BERNARDO LÓPEZ
TAMAT EBANISTERÍA Y RESTAURACIÓN

ORÍGENES DE EXPLOTACIÓN

El Monte de Cabeza de Hierro, en el término municipal de Rascafría, alberga los Pinares de El Paular. Dichos pinares constituyen una finca de 2.054 ha. de las cuales 2000 ha. son de Pinar cuya especie principal, el Pino Silvestre (*Pinus Silvestris* L.), forma masa pura de origen natural compartiendo espacio con otras especies que habitualmente le forman cortejo tales como el abedul, el rebollo, el tejo y el álamo temblón, amén de matorral de retamas, piornos, cambroños, brezo, acebos, helechos y enebros.

La Comunidad y Tierra de Segovia fue la primera titular del Monte de Cabeza de Hierro después del desplazamiento de los asentamientos musulmanes hasta que en el año 1675 la Corona entrega mediante despacho real al Monasterio de El Paular “una lengua de pinar y monte del dicho valle de Lozoya”. Ya desde entonces, los monjes del monasterio practicaban en el bosque una explotación de sus recursos madereros con criterios de sostenibilidad, como refleja Esther Sáez en su libro “Montes públicos, territorio y evolución del paisaje en la Sierra Norte de Madrid” en donde cita una reseña que refiere el criterio que seguían los menciona-

dos monjes en cuanto a las cortas en contestación a unas críticas que se les habían formulado: “antes ha sido y es muy útil hacer esas cortas para ir entresacando los pinos grandes que están en sazón, para que crezcan los más pequeños”.

Los mismos criterios son recogidos en textos de época como es el “Tratado del cuidado y aprovechamiento de los Montes y bosques” de Duhamel du Monceau y edición de Joaquín Ibarra, 1773-1774 en donde hace hincapié que haciendo entresacado de los ejemplares adultos se consigue orear, dejar paso a la luz y potenciar el crecimiento de retoños con la consiguiente renovación de la población del Pinar. Cabe reseñar que la explotación sostenible de los bosques en España fue antaño una tarea que se realizaba con la observancia de decretos reales incluso antes de que en 1574, Felipe II crease la figura del “Superintendente de Bosques y Plantíos” cuya misión era inspeccionar y supervisar la adecuada explotación de los bosques, fundamentalmente los de robles, destinados a la construcción naval, en donde se establecía que los municipios debían asumir una cuota de reforestación que garantizase el mantenimiento de la capacidad de tala de manera que la gran demanda

no se viese comprometida en el futuro inmediato y que contribuyó a que España fuese autosuficiente en cuanto a recursos madereros, a diferencia de países como Francia, Holanda o Inglaterra, que esquilmaron rápidamente sus bosques por motivos semejantes de demanda y no tuvieron la misma observancia de conservación. Paradojas de la historia. Así lo refleja David Goodman en su libro “El poderío naval español”.

No obstante, en respuesta a la cesión del Pinar, la Comunidad de Segovia pleiteó contra la decisión del real despacho consiguiendo el uso y aprovechamiento de los pastos, la caza, y la leña resultante de la poda y escamondas del lugar.

El monte se mantiene así por espacio de 162 años y es en 1837 debido a la Desamortización de Mendizábal, cuando puesto a la venta es adjudicado a Andrés Andréu quien el 16 de Marzo de 1840 cede los derechos a D. Adrián Benoit Bruneau en su nombre y en representación de un grupo de empresarios y banqueros belgas que circunstancialmente viajaban por la zona y que de forma coyuntural constituyen la Sociedad Civil Belga de los Pinares de El Paular.

Dicha sociedad cambia su nombre en 1878 al constituirse posteriormente como Sociedad Anónima



Pinars de El Paular

Belga de los Pinares del Paular, con razón social en Bruselas y delegación en Madrid, Rascafría y La Cabrera. En la actualidad el Pinar de El Paular es conocido como el Pinar de los Belgas y ha sido gestionado a lo largo de 160 años por la citada sociedad dentro de una actividad que de forma ininterrumpida ha comercializado la madera talada para sierra, la misma que procesa para la conformación de escuadrías y madera para chapas en la serrería que mantiene en el pueblo

de Rascafría.

Es de destacar que tal y como recoge el Colegio de Ingenieros de Montes en su informe “El Pinar de Los Belgas de El Paular” con fecha de 21 de Marzo de 2006, la sostenibilidad de la explotación del Pinar de los Belgas es de masa creciente siendo en 1957 el volumen de madera en pie de 299.582 metros cúbicos, con un volumen de aprovechamiento de 33.335 metros cúbicos desde 1957 a 1967. En 1997, el volumen de madera

en pie es de 312.719 metros cúbicos con un aprovechamiento entre 1987 y 1997 de 58.543 metros cúbicos.

EL PINO SILVESTRE

El Pino que crece en el Pinar de los Belgas es, como ya se ha dicho, el *Pinus Silvestris*. Es un árbol con una implantación muy extensa que abarca todo el noreste y centro de Europa, Asia septentrional y particularmente diversas zonas de la Geografía peninsular en donde se dan



Plano de situación



Stand en una feria de muestras

las condiciones de humedad, altitud, y temperatura que son precisas para la raigambra de este especie. Así, recibe diversos nombres según su procedencia: Pino Albar, Pino Cuenca, Pino Flandes, Pino Norte, Pino Ruso, Pino Soria, Pino Suecia o Pino Valsaín.

Según su procedencia, las condiciones particulares de latitud, temperatura y suelo sobre el que se asientan, confieren diferencias notables entre todas y cada una de las variedades del Pino Silvestre:

El Pino Suecia es una formidable madera, apretada, densa, de cara homogénea y poco nerviosa, pero soporta mal el sol directo teniendo tendencia a ventearse y torcerse por lo que su uso se destina principalmente a mobiliario o carpintería de zonas frías y poco soleadas. Era la madera elegida para los mástiles de los viejos galeones.

El Pino Ruso es de una suavidad extrema, ligero, poco denso, blando y muy estable pero tampoco soporta el sol directo por lo que se revela estupendo para usarse en bastidores y armaduras de interiores de mobiliario.

Entre las variedades peninsulares se dan buenas maderas como el Pino Albar o Pino Soria que crece en las provincias de Burgos, Soria, Cuenca y parte occidental de la sierra de Guadarrama. Son de crecimiento rápido y denso pero algo nervioso y bravío en sus respuestas ante cambios de temperaturas y humedad.

La variedad que crece en los bosques del Pinar de los Belgas es semejante al Pino Valsaín. No obstante en la actualidad, la madera de Pino Valsaín se comercializa como marca registrada por lo que La Sociedad Belga de los Pinares de El Paular comercializa su madera como “Madera de El Paular” siendo ésta tan apreciada como la de “Valsaín”, y muy por encima de cualquier otra, incluso de la afamada madera del Pino Suecia.

El Pino Silvestre del Monte de El Paular crece en umbría, con gran humedad, en un suelo adecuado y aún siendo de crecimiento rápido, las condiciones extremas de fríos intensos en invierno alternando con es-

tíos no poco calurosos, hacen que sus anillos de crecimiento sean estrechos y apretados, confiriendo densidad y estabilidad a la madera. Una vez cortada y aserrada adecuadamente es susceptible de ser usada tanto en interiores, como para mobiliario, así como en exteriores con condiciones contrapuestas de humedad, calor y frío, respondiendo de forma estable en sus escuadrías y tendencias al teso o alabeo. Por todo ello es una madera considerada internacionalmente y muy reconocida a nivel profesional y de forma especial la procedente del Pinar de los Belgas de El Paular. La madera aserrada se clasifica en seis categorías:

- Especial 4 caras limpias de nudos
- Primera 1ª 3 caras limpias
- Segunda 2ª 1 cara y 1 canto limpios
- Tercera 3ª Con nudos a las 4 caras pero de madera limpia entre nudos
- Cuarta 4ª Nudos grandes en toda su longitud
- Construcción C Resto

La madera que comercializa la Sociedad Belga de los Pinares de El Paular es en la actualidad, como lo fué antaño, una madera de primer orden con especial consideración entre los profesionales del ramo.

CREACIÓN DEL TALLER MAQUINARIA. DESCRIPCIÓN Y DESEMPEÑO

Conjunta con la titularidad de El Pinar de El Paular, venía dada la propiedad de un extenso solar en el número 123 de los actuales de la calle Atocha. La Sociedad Belga de los Pinares de EL Paular establece en él las instalaciones para la comercialización al detalle o por paquetes de la explotación maderera de sus pinares.

Esto ocurre desde 1840 hasta principios del siglo XX en donde la coyuntura de crecimiento del entramado industrial y concretamente del referido a los profesionales de la ebanistería y carpintería del Madrid de la época, unido al desarrollo tecnológico de los procesos de producción que conlleva la aparición de maquinaria electrificada específica para cada uno de los procesos de elaboración de los aspectos de la madera, propiciaron el establecimien-

to por parte de la Sociedad Belga de un taller de elaboración dentro de sus instalaciones.

En fases sucesivas, se acomete la primera mecanización del taller en el periodo de 1911 a 1914 mediante la instalación de un electro-motor de 20 caballos de potencia. En 1916 se complementa la instalación con un nuevo electromotor secundario que complementa al primero en “caso de interrupción”, tal como reza en la memoria del expediente que firma Luis de Espinal. La interrupción a la que alude no se entiende exactamente por un fallo en sí del motor existente, sino de su sistema de transmisión que mediante ejes enlazados con transmisiones mecánicas y correas de cuero debían de tener un desgaste señalado y no pocas veces se desarmaba la correa o desgastaban los tacos de transmisión de madera o un sin fin de etc. que a pesar de ser tecnología de primer orden en aquellas fechas adolecían de este tipo de inconvenientes e interrupciones.

Además, las más de las veces, cuando se desarmaba el sistema de transmisión, no sólo afectaba a la máquina a la que servía sino que al ser un único motor el que accionaba todo el equipo, la parada de máquinas conllevaba un parón de todo el personal con el consiguiente trastorno. La instalación de un segundo motor conectado al sistema de transmisión alternativo paliaba en parte los recesos que ocasionaban dichas averías. En 1927 se sustituyen ambos motores instalando uno nuevo de 25 caballos de fuerza, reformando presumiblemente el entramado de transmisión que pasa de ser vertical a un sistema de minas subterráneo con embragues sectoriales que inhiben la fuerza motriz de cada una de las máquinas independizando el funcionamiento de las mismas. Asimismo en la citada fecha se incorporan nuevos elementos y la instalación pasa de tener declaradas un cepillo regruesador, una planeadora, una tupí, una sierra de cinta, dos afiladoras de cuchillas y sierras y un ture, a una nueva configuración del plantel de máquinas tal como reza la declaración del ingeniero Manuel Ortega que se compone a partir de ese momento y hasta nuestros días de los

Maquinaria de la Serrería tras su abandono



siguientes elementos:

- 3 Sierras de cinta, una de 70 cm. y dos de 90 cm. de volante. La sierra de cinta consta de dos volantes que ejercen un movimiento circular continuo sobre un fleje de acero dentado y triscado con el que se deshilan los tablones de diversas escuadrías con objeto de descomponerlos en piezas de menor tamaño. También se utiliza en algunos casos para espigar y rodear piezas curvas o contraserrar.
- Dos labras o planeadoras, una de 50 cm. y otra de 40 cm. La labra consta de un tablero en donde se intermedia un rodillo provisto de cuchillas que realiza una tarea de establecer una escuadra perfecta en cara y canto de los tablones o tablas.
- Dos regruesadoras, una de 50 cm. y otra de 40 cm. La gruesa o regruesadora, consta de elementos semejantes a los de la labra con la particularidad de que completa el escuadrado en las dos caras restantes del tablón procesado, estableciendo a su vez medias fijas de fabricación.
- Dos tupís de ejes ranurados para trabajar con “hierros”, una de 50 mm. y otra de 35 mm. de diámetro. La tupí es una máquina cuyo cometido es el de proveer molduraciones, fresados, canaladuras o cualesquiera tareas de incisiones continuas sobre cada una de las facetas de los palos procesados anteriormente en las máquinas precedentes. Esta máquina desempeña su trabajo mediante fresas circulares o “hierros”. En los fondos de que disponía la Serrería Belga apenas si había fresas circulares. Lo que si había y se conserva es un fondo riquísimo de hierros de múltiples y variados dibujos correspondientes a molduraciones de estilo hasta un número de 874 unidades.
- Un disco circular de mesa basculante. Dispone de una mesa suficiente para albergar tableros, palos u otros elementos, susceptible de cortar de forma más fina y precisa que como lo hace la sierra de cinta.
- Una cadena de escoplear. Principalmente usada para modelos de carpintería, realiza cajas perpendicula-

res en diversos anchos y profundidades para realizar ensambladuras, alojamientos de cerraduras etc.

- Una combinada para espigar y hacer palo redondo con diámetro de bastoncillo de hasta 10 cm. Esta es una máquina muy poco usual. De gran formato, realizaba espigas en palos de testa, tableros, etc. y a su vez mediante unas fresas especiales confeccionaba palo redondo de todos los diámetros requeridos hasta un grosor máximo de 10 cm.
- Tres máquinas de afilar, una de ellas de cuchillas y dos de cintas de sierra. Antaño, los talleres eran autosuficientes, o tendían a serlo. Era normal que las cuchillas, hierros, cintas y demás elementos de corte se afilaran en el propio taller.

Presumiblemente y salvo incorporaciones por sustitución, todas las máquinas a excepción de la afiladoras son de un mismo fabricante: “Guiliet & Fils” de Auxerre, Francia. Y a falta de testimonio documental que lo ratifique parecen ser las mismas máquinas que han estado funcionando a lo largo de 60 años y que a día de hoy, podrían ser “operativas” nuevamente.

Es especialmente relevante por su complicación técnica de ejecución el sistema de transmisión que tras la incorporación del equipo de fuerza motriz instalado en 1927 se dispone en el subsuelo de la serrería, tal como recoge el plano que lo detalla confeccionado por el ingeniero industrial Manuel de Ortega. Como curiosidad técnica añadida, dispone de ciertos puntos en superficie que a intervalos variables y accionados mediante palancas, ejercen la función de embragues que desconectan a según que máquinas del entramado de tracción del resto del conjunto.

Con fecha indeterminada se sustituye el equipo eléctrico de 25 caballos de potencia por un motor diesel que se dispone en una sala realizada ad-hoc en el lugar en donde se sitúa la sierra de cinta de 70 cm. No obstante, este motor sigue transmitiendo su fuerza motriz al entramado de ejes motrices existente.

SUSTRATO ECONÓMICO DE MADRID. EL RAMO DE LA EBANISTERIA Y CARPINTERIA

Se constituye el taller de máquinas con un fin concreto: Proveer de medios de producción modernos, tecnológicamente avanzados, a un entramado de profesionales del sector que por razones obvias de escasez de recursos suficientes, tanto económicos como de emplazamiento, se ven incapaces de acceder a los nuevos y costosos medios de producción. No es en absoluto una labor altruista. Reúne dentro de una misma actividad dos facetas complementarias de forma que los profesionales que acudían a comprar sus provisiones de madera al detalle en forma de tablones, tablas, vigas o cualesquiera otra escuadría que precisasen, podían salir del taller de la Serrería Belga con su mueble, carpintería etc., completamente mecanizado y dispuesto para el ensamblaje en su propio taller, en donde, paradoja llamativa, no disponían de ninguna herramienta de mano eléctrica. Se cepillaba a mano, se taladraba a mano con berbiquí, se ajustaba a serrucho, se lijaba a mano con taco, se barnizaba a brocha y muñequilla... Este hecho ha sido así a lo largo de los tres primeros cuartos del siglo XX. No era infrecuente ver en la década de los sesenta a un ciclista carpintero que portaba sus ventanas al hombro, con la herramienta y aperos indispensables colgados en alforjas, despalcándose para realizar un montaje que podía estar ubicado a muchos Km. de su taller.

Se desarrolla de hecho la aparición de un nuevo modelo productivo consistente en la paulatina aparición de “serrerías” o “talleres de elaboración” que se dotan de los medios de producción adecuados y se alquilan a profesionales con la salvedad de que no sólo ponen a disposición de aquellos que lo requerían la maquinaria de que disponen, sino también un elenco de maquinistas especializados en cada una de las máquinas que manejan de tal forma que el ebanista, carpintero, tallista, encofrador, etc. que acude a comprar la materia prima, también dispone de un banco de trabajo dentro del mismo taller en donde traza los palos que ha encargado para que una vez acabado



todo el proceso de máquinas, retorne a su taller por sus propios medios en donde ya tan sólo le resta, que no es poco, ajustar, armar, encolar, repasar, afinar, barnizar, montar, etc. su producto elaborado. Es patente el hecho de que el momento del proceso de máquinas, aserrado, labrado, regreusado, trazado, y moldado, tal y como se ejecutaba entonces, alberga unas determinadas operaciones que no difieren sustancialmente de las que se emplean en la actualidad. No me refiero a las avanzadísimas moldureras de control numérico actuales que han sustituido al maquinista, al tupista, al serrador de cinta y al oficial de labra por un informático que no toca el palo ni entiende de la materia prima con la que trabaja. Me refiero al proceso de taller de ebanistería o carpintería que realiza trabajos de encargo de concepción única, de demanda personalizada.

Es en esos estadios del oficio en donde a pesar de estar paulatinamente convirtiéndose en ocupación cada vez más especializada y culta, con evidente riesgo de extinción, se encuentra el parangón con la actividad que ha venido desarrollándose a lo largo de los siglos en tanto que oficio y profesión de ebanistería, carpintería y talla. De igual forma, en la actualidad se maneja una capacidad de medios muy completa en forma de pequeñas y grandes máquinas. Máquinas auxiliares de banco como fresadoras, taladros, cepillos, lijadoras. Máquinas de gran formato, bien sean las llamadas “combinadas” que contienen en sí casi todas las funciones que realizaban todo el conjunto de la Serrería Belga en un espacio que no llega a 20 metros cuadrados, o las exentas, semejantes en funciones y diseño a las originales que nos ocupan de la Serrería Belga, salvando las distancias en tanto que el avance tecnológico ha mejorado sus prestaciones y niveles de seguridad pero no ha cambiado sus métodos o funciones.

También es cierto que aunque hayamos aumentado en número y calidad nuestro medios mecánicos, también han disminuído nuestros medios manuales. La estandarización está relegando los oficios

a un mero trabajo de ensamblaje. Los elementos de que consta una instalación del tipo que fuere están prefabricados requiriendo tan sólo una tarea de montaje. Las herramientas precisas se han reducido drásticamente dejando algunas incluso sin cometido. A principios del S. XX los elementos prefabricados eran de carácter exclusivo. Se podían obtener baldosas de parquet francés taraceadas de 50x50 cm. Pero su coste no dejaba de ser prohibitivo para una clase media escasa e incipiente, por lo que, aun siendo igualmente suntuoso, un suelo en punto de Hungría en tarima de Pino de cantos moldados, de pulgada de espesor y 5 de ancho había de ser fabricado expresamente. Por un carpintero. No por una fábrica de tarimas. De igual forma las carpinterías exteriores e interiores. Las formas de las techumbres, los camones o cimbras de los arcos, los andamios. Por un carpintero de armar.

El mobiliario historicista tan en boga a finales del siglo XIX y principios del XX, como denostado posteriormente contribuyó a mantener técnicas de oficio y conocimientos de arte a un sinnúmero de profesionales que sabían diferenciar y confeccionar estilos y corrientes artísticas aún cuando no alcanzasen casi a leer (el 50% de la población española era analfabeta en 1900, el 45% lo era de 1930, el 25% en 1961). el mobiliario Modernista tan profuso de madera y oficio, el estilo racionalista de los años 30 que coleteó y evolucionó en los cuarenta, cincuenta y sesenta. Precisaban de ebanistas. De tallistas que sabían diferenciar un ampuloso dentillón historicista, de otro del delicado Bernini.

No se puede obviar la existencia de grandes talleres de producción de muebles y carpinterías como “Los Certales”, “Santa María”, “Casa Herráiz”, los marcos de “Talleres Cano” en Madrid. Talleres que compaginaban medios de producción modernos con magníficos profesionales de las más diversas especialidades: Ebanistas, tallistas, tupistas, carpinteros, chapeadores, fundidores de bronce, barnizadores.

Pero el grueso de producción estaba representado por la

pequeña empresa. Mayoritariamente unipersonal, de carácter familiar las más de las veces, que con un número reducido de operarios eran capaces de acometer obras de envergadura y calidad notables con medios de producción exiguos. Talleres pequeños que mantenían el criterio de oficio al acometer un comedor, una cómoda o una librería. Talleres pequeños que han seguido cofeccionando las formas de las techumbres de miles de edificios. Talleres pequeños que fabricaban bastidores de habitáculos para los vehículos “AVIA” en su fábrica de Cuatro Vientos. Talleres pequeños que trabajaban fabricando carpinterías racionales para viviendas sociales de Sáenz de Oiza. Talleres pequeños que desempolvaban y restauraron los fondos sellados de los Museos tras la Guerra Civil. Todo este entramado social de profesionales tenían en gran número punto de encuentro, foro social y tablón de anuncios en los talleres de elaboración. Muchos de ellos, muchos, se daban cita en los talleres de elaboración entre los que figuraba como señero y relevante el que mantenía la Sociedad Belga de el Pinar de El Paular. Aún se conservaban, entre las máquinas polvorientas, los partes de trabajo en donde se señalaban las horas empleadas y el número de procesos efectuados por cada uno de los maquinistas con objeto de efectuar la facturación al ebanista o carpintero que hubiese requerido el servicio.

Carlos Garóz, Tupista y titular de un taller de elaboración en la C/ Ronda de Atocha, 31 hasta el año 2002, relata con emoción y entrañable nostalgia la significación que tenían estos talleres en el entramado social de los oficios. “Contemplábamos trabajos y profesionales de todo orden. La diversidad de tareas que se encomendaban en estos talleres hacía que nuestro conocimiento del oficio fuese casi universal. La Serrería Belga era uno de los mayores talleres de Madrid para la elaboración al público. Conjugaba la venta de madera de Pino de El Paular, de excelente calidad, con la facultad de elaborar allí mismo la madera comprada. Incluso se entendía como propio el que tú desplazases a sus talleres otros tipos de madera comprada

en otros almacenes, roble, nogal u otras para confeccionar tus trabajos en las máquinas de la Serrería. Algo semejante a como se trabajaba en mi taller. En mi taller eramos siete personas que atendían sendas máquinas. En la Serrería Belga había igualmente tantos como máquinas más los aprendices y ayudantes que trasegaban los tablones y los palos y hacían ayudas en la sierra, la labra ,la grueso, la tupí etc. Era el único taller que tras la guerra disponía de grupo electrógeno propio de forma que los cortes de suministro tan frecuentes en aquella época, a la Serrería Belga no le afectaban y hacían su jornada normal como si nada. El resto teníamos que aprovechar el tiempo perdido trabajando hasta las tantas de la noche. El movimiento de personas y materiales era incesante.“

José María Toledano.

Excelente y único tallista compraba a menudo Pino de El Paular de 3ª. “Es el mejor para la talla, a pesar de tener más nudos por ser más cercano a la copa del arbol, tiene menos duramen

y más albura, es más dúctil y se trabaja mejor. Los nudos se escamotean haciendo encoladuras o apartandolos al trasdós de las piezas. Vendían buena madera. Era curioso, Cuando pedía Pino de 3ª, inmediatamente el empleado que me atendía preguntaba si lo quería para talla ¿Quién sabe eso ahora en los almacenes de madera?“

Sin entrar en maniqueísmos estériles ni querer hacer del pasado un mundo feliz, cierto es que todo el grupo social que representaba a los oficios como custodios de conocimiento que se transmitía de forma inequívocamente oral, de maestro a aprendiz, está en tránsito de extinción. Y no sólo en España. En Francia, Inglaterra, Alemania o Italia, la tecnificación de los procesos de producción aún está en muchos casos por delante de nuestro país en este ámbito de trabajo. Pues bien, la tendencia es desoladora. Los oficios están prácticamente extinguidos. Las dos mejores escuelas de ebanistería de Francia, La École Boulle y Le Lycée Technique du Bois de Mouchard han recompuesto sus programas

de estudio enfocando la ebanistería y la carpintería hacia el desarrollo del diseño adecuado a los medios de producción actuales en donde el economicismo y el diseño determinado por dichos medios de producción restringen progresivamente el nivel de conocimiento necesario para la ejecución de un proyecto de ebanistería, carpintería o talla. Y eso sólo puede ser otra cosa. Tan valiosa y meritoria como la que más. Pero eso es otra cosa. Ebanistería no.

La Serrería Belga constituye un icono de nuestro pasado reciente. El convulso siglo XX pervive en las máquinas que atesoran tantas y tantas horas de trabajo reflejado en mil y un lugares de nuestra ciudad. De forma significativa se yerguen los volantes de las dos magníficas sierras de cinta en los flancos de la serrería. Donde comienza todo, en el deshilado de la cinta triscada separando las fibras de los tablones de Pino desprendiendo el olor de los montes de El Paular. En la Serrería Belga 

